



A0115

**22/11/1996 CENA-HOMENAJE A ADOLFO SUÁREZ OFRECIDA POR EL CIRCULO DE LECTORES**

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CENA-HOMENAJE**

Barcelona, 22-11-96

Señoras y señores,

La personalidad de Adolfo Suárez, la razón inmediata del homenaje que le tributamos esta noche y el hecho de que se celebre en Barcelona son motivos por los cuales yo me siento especialmente honrado y muy alegre de participar en este acto.

Primero que pocas veces un brindis habrá estado tan lleno de significado en sentido estricto.

Puesto que estamos en la sede del Círculo de Lectores, donde lo esencial es la palabra, partamos literalmente de esta fórmula de cortesía, "brindis", porque celebraciones como ésta dan un valor muy expresivo que se eleva sobre su apariencia protocolaria.

Por una grata y oportuna coincidencia, la palabra "brindis" tiene el mismo origen que el señor Meinke, como todo este homenaje, pues proviene del alemán "bring dirs", que significa "te lo ofrezco!". Y este brindis nuestro a Adolfo Suárez viene a ser, por lo tanto, el reconocimiento al brindis anterior, excepcional, de Adolfo Suárez a su país.

Hans Meinke, con unánime adhesión, ofreció la candidatura de Adolfo Suárez para el premio "Príncipe de Asturias" de la Concordia, y todos ofrecemos ahora a Adolfo, al premiado, el agradecimiento por su labor.

Pero Adolfo Suárez brindó antes la ofrenda superior. Hizo acopio de determinación, de respeto al pluralismo, de sentido de la convivencia, de limpieza de estilo, de generosidad, de sacrificio personal y de renuncia cuando fue preciso; de entrega. Y le dijo a España "te lo ofrezco" y fue un brindis ejemplar.

Si la raíz del brindar nos lleva a los frutos del ofrecer, la de la concordia nos habla de los frutos del corazón. El corazón abierto a todos los anhelos, como el oído a todas las voces, y el instinto a todas las señales.

Para alcanzar el consenso necesario, para guiar la pacífica transformación del Estado hacia la democracia, para dejar el fecundo influjo que sobreirradió fuera de nuestras fronteras, para poder cumplir su trascendental trabajo, Adolfo Suárez no sólo supo afirmar el rigor político, sino también la fibra humana, la fibra cordial.

Si la conquista de la concordia es la armonía, él armonizó el pragmatismo con el sentimiento, y los afanes de unos y de otros hasta devolver la soberanía a todos los españoles. Y de eso se trataba.

Ese equilibrio en el brindis de la mente y del corazón, esa huella conjunta de agudeza y de hombría de bien, como se acaba de decir, son los que han prevalecido para realzar su figura y compensarle después de los amargos trances que le deparó la agresividad que, a veces, enturbia la política y que ahora es aprecio general y el lugar eminente que ya tiene justamente ganado en la Historia.

Cuando el Rey le nombró a Adolfo Suárez Presidente del Gobierno en julio de 1976, yo preparaba entonces las oposiciones para Inspector Fiscal de Estado, y todavía faltaba algún tiempo para que mi generación se incorporase al cultivo de la política. Quiero decir que le voté a Adolfo Suárez. Luego, también, probablemente, contribuí, tal vez injustamente y sin darme cuenta, a su retirada de la vida política; pero es verdad que ocupaba un sitio que yo estaba deseando ocupar y era necesario animarle a que lo dejara. Y tengo que decirle que eso fue lo que hice yo entonces, en 1976: seguir su tarea y votarle.

Viendo aquí tantas personalidades que hicieron posible la transición, esta generación mía, nueva en la vida política española, que ahora desempeña las tareas de Gobierno, quiere darle las gracias a todos y, muy especialmente, a quien fue el principal protagonista, que fue Adolfo Suárez.

Y me permitirán, en broma un poquito, y en serio también un poquito, decirles que a todos ustedes, a todos los que participaban entonces, les veo muy bien. Están ustedes muy bien y alguno, si me permite Adolfo Suárez, que ha salido muy especialmente en la película que hace pocos momentos acabamos de ver, yo comentaba con Marta Ferrusola y con Amparo Illana que excelentemente bien, porque hay que ver que bien está usted, don Santiago Carrillo, desde entonces hasta ahora, y que dure por muchos años.

Quiero decir que, si todavía entonces faltaba tiempo para que mi generación se incorporase al cultivo de la política, yo creo que ya desde entonces la siembra de Adolfo Suárez llevaba en su seno esa transcendencia expresada por Octavio Paz, que me ha estado mirando fijamente, desde ahí enfrente, toda la noche, al decir que una espiga es todo el trigo. Su impecable talante ha fructificado como estímulo para todos los que tomamos el relevo en el empeño de construir y asentar una España mejor.

De los Presidentes del Gobierno que sucedieron a Adolfo Suárez hoy no podemos estar todos; estamos dos, y todos intentamos poner en nuestro empeño la construcción y el asentamiento de esa España mejor.

Permítame por ello que, animado por ese espíritu, cierre esta intervención dirigiéndome a él para comprometer mi esfuerzo personal y, haciendo honor al brindis, decirle, con toda franqueza, con gratitud y de todo corazón, en este texto, que ahora, para que conste, te voy a entregar "te lo ofrezco" y muchas gracias.